

## Editorial<sup>1</sup>

L

a palabra es una: Walsh, a secas.

A veces también es Rodolfo Walsh. Pero ese apellido irlandés es “filo, contrafilo y punta”; es contenido, propuesta, indagatoria, denuncia, verdad. Walsh es apellido del moderno periodismo argentino, del periodismo nacional. Es apellido del periodismo revolucionario, del periodismo latinoamericano. Es la contraseña de un escritor, del escritor comprometido que demandaba a mitad del siglo pasado Jean Paul Sartre, y que por ser tal eligió convertirse en el intelectual orgánico de Antonio Gramsci. Es el intelectual nacional, que basado en las raíces de Mariano Moreno, la militancia de José Hernández y el periodismo de denuncia de José Torres en la década infame, se incluyó en el territorio que marcaron, entre otros, Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós, John William Cooke y Arturo Jauretche.

¿Cómo evocar hoy a Walsh, justificar de una manera original este monumento<sup>2</sup>, darnos una clave para el futuro? Walsh dejó una mirada crítica sobre su propio proyecto político que todavía hoy es incitante para explicarnos algunas de las razones de por qué pasó lo que pasó en nuestro país. De por qué el proyecto de liberación nacional de 1973 se frustró antes del derrumbe final que diera paso a la dictadura de las capuchas y los “vuelos de la muerte”.

Pero Walsh es también una clave, un ejemplo y un mito. Por eso debemos recuperarlo en su humanidad plena, antes de que el incienso de nuestro propio homenaje nos oculte los “oficios

terrestres” de los que se ocupó. Porque Walsh no es el hombre del heroísmo, a pesar de que encontró la muerte perfecta del héroe. Es el hombre del deber, de la autoexigencia sin complacencias, en lo profesional y en lo político. De este hombre es del que estamos hablando.

Walsh fue un periodista de la palabra escrita, del diario, la revista y la agencia de noticias. Por eso cabe preguntarnos, en una época donde la revolución tecnológica impone la imagen de manera decisiva, ¿qué tiene para decirnos aquella obra y aquella conducta sobre este presente? ¿Miramos ese pasado con melancolía, con auto-satisfacción, porque nos reivindica? ¿O podemos extraer de esa obra una contribución orientadora del presente y del futuro?

Nosotros queremos celebrar a Walsh como un hombre pleno, valorando su conducta integral. No queremos la recordación de la víctima, aunque lo fue, ni tampoco el diseño del periodista concebido como héroe individual en procura de un triunfo de la verdad, pero en función del éxito profesional que se adosa como premio a una inteligencia o a una convicción. Porque a un pueblo, al nuestro, eso no le basta, y creo que el mismo Walsh hubiera rechazado con firmeza esa descripción de sí mismo. Y hay razones para que así sea: si Walsh es el hombre del triunfo individual, que cae en soledad ante un Estado y régimen represor, lo exaltamos en su humanidad solitaria. Lo despojamos del profundo sentido político, no solamente de su militancia partidaria sino del sentido profundo de su obra que paulati-

Por Jorge Luis Bernetti

---

1 Discurso pronunciado por el periodista Jorge Luis Bernetti en la Plaza San Martín de La Plata, el 26 de marzo de 2007, con motivo de la inauguración de una escultura en homenaje al periodista Rodolfo Walsh, al cumplirse 30 años de su asesinato y desaparición.

2 El monumento consiste en una silla en cuyo respaldo asoma el rostro de Walsh, tallado en tres dimensiones, y presenta en su base una máquina de escribir junto a los anteojos característicos del autor.

namente va calentándose en la construcción de la justicia.

Por el contrario, este escritor se convirtió en periodista político, y en lo que después se llamará periodista de investigación, al calor de los sucesos políticos. Una noche de 1956, a pocos metros de aquí, Walsh se golpeó con la realidad de la “dictadura libertadora” y escribió aquella página que inaugura el prólogo de *Operación Masacre* y que cualquier estudiante de periodismo sabe de memoria, o jura recordar so pena de sentirse avergonzado:

“La primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó en forma casual, a fines de ese año, en una café de La Plata donde se jugaba al ajedrez, se hablaba más de Keres o Nimzovich que de Aramburu o Rojas y la única maniobra militar que gozaba de algún renombre era el ataque a la bayoneta de Schlechter en la apertura Siciliana”.

A la denuncia minuciosa de la masacre de militares y civiles en el alzamiento del general Juan José Valle, el 9 de junio de 1956, continuó el *Caso Satanowsky*, aquella investigación que analizó cómo un grupo parapolicial, con apoyo de la SIDE, buscaba resolver la propiedad del diario *La Razón* y, finalmente, en 1973, *¿Quién mató a Rosendo?*, otro “caso policial” donde la corrupción en los grandes sindicatos era puesta a la luz del día. Este tríptico de grandes obras periodísticas, publicado siempre originalmente como serie de notas sucesivas en revistas y semanarios que estaban insertos en el territorio de la perseguida prensa militante -y que luego fueron reproducidas incesantemente en forma de libro-, constituye el eje central de la producción walshiana. Una producción que estremece en las cartas ya legendarias sobre la muerte de

su hija Vicky y que describe el programa siniestro de la junta militar del 76.

El periodista que crece en la militancia, y en la densidad de su escritura y de la práctica indagatoria que la fundamenta, se rebela frente a la tiranía de la Revolución Libertadora. Es el hombre que se desencanta del derrocamiento del 55 que ha apoyado, y que en cuatro años estará en la vorágine latinoamericana que la revolución cubana le imprimiera a su generación, desde Monterrey a Punta Arenas. Así, junto a Jorge Masetti, Rogelio García Lupo y Gabriel García Márquez participará de la fundación de la agencia Prensa Latina, primer intento por quebrar en la región el monopolio informativo de la dominación de las noticias. Es también en esos breves años que los que conoce sucesivamente a dos grandes argentinos: primero al guerrillero de la revolución, el Che Guevara, y luego al caudillo nacional Juan Domingo Perón.

En 1968, su gran compromiso periodístico y político lo constituyó la dirección del semanario *CGT*, aquel que fuera vocero de la rebelde *CGT* de los argentinos de Raimundo Ongaro, en el tiempo del “Cordobazo” de Agustín Tosco, Elpidio Torres, Atilio López y René Salamanca. Luego, en 1973, el diario *Noticias* donde, desde la conducción de la sección policial, desentrañó la desigualdad y la contradicción social como base del delito que se juzgaba en los pobres y los marginados, y fustigó “la secta de la picana y el gatillo” que se anidaba en la estructura policial, como componente estructural de la política de dominación.

El compromiso político se insertó en la perspectiva revolucionaria de los contradictorios y violentos años previos a la definición del 24 de marzo, cuando el mundo de la dictadura monopólico-militar arrasó de manera impiadosa a la Argentina.

Hace una década, Osvaldo Bayer podía advertir que “la inspiración de Walsh siempre vino de las contrapartidas, porque sospechó de la miopía que crece en la rutina de los claustros”. Pero después la trayectoria de Walsh fue tornada en inspiración y mandato en muchas unidades académicas universitarias y terciarias. Así lo es de manera paradigmática en nuestra Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, y en muchas de las hermanas unidades académicas de las universidades públicas de todo el país, donde se reconoce esta inspiración de la práctica periodística y comunicacional que debe ser rigurosamente orientada por la investigación de la realidad con un método teórico científicamente fundamentado. Ahí, también, está la fuerza presente de Walsh.

El espacio universitario del periodismo y la comunicación ha asumido esta herencia walshiana de manera profunda. En su inicio constituyó un acto de resistencia en contra del modelo neoliberal que rigió en nuestro país en los 90 y que todavía nos presiona en muchos espacios de la realidad nacional. Y por eso el peligro de un wals-hismo superficial lo constituye la exaltación del héroe individual, que juega su destino como figura recortada del conjunto.

Por el contrario, Walsh fue también un militante coherente en la causa del cambio popular. Así escribió en el prólogo de la edición de *Caso Satanowsky* publicada en el año de la victoria de Héctor Cámpora:

“Si rescato el tema en 1973, no es para contribuir al congelamiento histórico de la Revolución Libertadora. Hay en juego un interés público actual. Los mecanismos que la Libertadora estableció en los campos afines del periodismo y los servicios de informaciones -temas del libro- siguen vi-

gentes después del triunfo popular del 11 de marzo, y no es una política conciliadora la que ha desmontarlos.

Denunciar esos mecanismos, preparar su destrucción, es tarea que corresponde a los trabajadores de prensa en el marco más amplio de las luchas del pueblo. Esta edición del caso Satanowsky va dirigida pues, en primer término a los compañeros que, desde las comisiones internas, las agrupaciones de base y en particular el bloque peronista de prensa combaten diariamente a la raza de los envenenadores de conciencias. Nuestros patrones”.

Creo que éstas son de las palabras menos citadas de Walsh en los últimos años. Duras y certeras, nos ubican todavía hoy frente a uno de los grandes problemas postergados de la república democrática: la democratización de los medios de comunicación social, en especial de los audiovisuales. Porque si debemos luchar y lograr que todos los argentinos coman sanamente tres veces al día, que desempeñen un trabajo digno, que concurran a una escuela apta para su formación y crecimiento como persona, ciudadano y trabajador, podemos estar seguros de que estas metas no se alcanzarán con la actual estructura, diseño y prácticas de los medios. Por otra parte, debemos reconocer que el sostenimiento y profundización de nuestro sistema político, de la soberanía popular, del crecimiento de los derechos ciudadanos y de las libertades públicas no podrá desarrollarse si las voces mayoritarias no tienen canales de expresión, hoy crecientemente monopolizados.

Para los concentrados intereses comunicacionales el cielo que nos ampara debería ser de su propiedad privada, y el Estado el simpático vendedor de sus ondas al mejor postor; un postor

que, por supuesto, son ellos. El cielo y sus ondas son de la Nación y solamente pueden ser utilizados bajo la concesión reglamentada del Estado en función del interés público. Y ya es hora de que este principio se concrete en beneficio de la audiencia y no que se lo escamotee escandalosamente a la vista de todos. Este es el debate ausente después de años de dictadura. Y ese debate debe ser el prólogo a una Ley de Radiodifusión justa: necesitamos una norma que reemplace a la dictatorial todavía vigente, modificada de manera parcial y patética en varias ocasiones en los años democráticos para otorgar todavía mayor beneficio a los titulares de las concesiones.

Del mismo modo, resulta inconcebible que la distribución de la cartera publicitaria privada en los medios de todo el país carezca de examen crítico alguno y que, en cambio, la distribución de la publicidad estatal pase a ser considerada como auténtico "Big Brother" de la novela de Orwell, una amenaza a la libertad de prensa... Montados en el liberalismo más conservador, la mayoría de las empresas de comunicación y algunos periodistas cuestionan lo que han descalificado como "el atril presidencial" tratando, nada menos, que de negar al primer mandatario, representante de la soberanía popular, la posibilidad de que su palabra informe al pueblo ciudadano. Por eso, si alguien quiere ser walshiano de la hora presente que asuma la tarea central: democratizar los medios y profesionalizar con responsabilidad y ética la tarea de periodistas y comunicadores. Porque la profesión periodística es atacada por la búsqueda imperiosa de la venta y la audiencia a cualquier precio, por la frivolidad más estúpida, y por la negación retorcida de los fuertes conflictos de intereses vigentes en nuestra sociedad.

Somos ellos y nosotros. Ellos tienen libertad de prensa ejercida de manera abierta y notoria.

Nosotros, el gran espacio ciudadano de las mayorías, tenemos la voz condicionada, recortada, o simplemente negada. En materia de libertad de prensa estamos nosotros, y no ellos, en libertad vigilada. Y es aquí donde está la tarea walshiana de las universidades, de los trabajadores de prensa y del conjunto de los profesionales de la cultura, de los partidos políticos, de los organismos de derechos humanos, de las organizaciones sociales, de los sindicatos, de las confesiones religiosas. Para derruir una dictadura mediática naturalizada de los menos sobre los más. Con los errores de muchos de nosotros, pero con la voluntad de justicia social y liberación popular, Walsh luchó, no un día, ni tres años de exaltación revolucionaria, sino toda su vida por esta construcción social democrática de la verdad.

En este momento de cambio que se produce en nuestro país desde hace cuatro años, convoquémonos, sin sectarismos, con una amplitud que abarque a todas las corrientes democráticas, nacionales, sociales y culturales, para construir la democratización de los medios y la comunicación. Hagámoslo para que pronto podamos celebrarla a la sombra de Walsh, en esta ciudad donde la reacción hecha masacre condujo a "ese hombre" a ser periodista para buscar "un día de justicia", aunque fuese oscuro. De ese hombre que, sin haber sido jamás catedrático de nuestra facultad, es desde hace 30 años nuestro profesor fundamental.

Descifremos los signos de los tiempos: en junio pasado, por disposición del ministerio de Defensa y a través del Ejército, fue aplicado el nombre de General Juan José Valle a la Escuela de Ingenieros donde se forman los oficiales de esa arma a la que perteneció el militar fusilado. Así fue entronizado en el salón de honor de esa unidad el retrato de Valle, ese retrato que durante déca-

das fue reproducido en innumerables folletos combativos en lucha por una patria libre. Paradojas de la historia: desentrañar la raíz de la masacre de los que se batieron con Valle fue tarea de Walsh. Ahora la figura de Valle conducirá a los jóvenes oficiales del Ejército a aprender del hombre que, con tenacidad irlandesa, como la del gran almirante Guillermo Brown, luchó por la libertad de su patria: el hombre, Rodolfo Walsh.

Walsh, querido. Que así sea.